

## HOMBRES Y DEPORTE\*

José Ma. Cagigal

### SELECCIÓN

El deporte posee grandes valores humanos, y entraña también grandes peligros. Una valoración desmesurada, la calibración desequilibrada de sus distintos aspectos pueden producir daños considerables en la psicología juvenil, lo mismo que perjuicios físicos. Como vivimos en la época deportiva, y el niño ha de toparse con el deporte por cualquier senda, es menester enriquecerle con categorías ordenadas. Aun sólo por esto es fácil colegir la obligación grave que pesa sobre todo educador de conocer el problema deportivo; sus valores, peligros, métodos, posibilidades.

Conocidos éstos, no queda sino la aplicación lógica de los principios. Ésta tendrá que verse condicionada por las limitaciones concretas de cada institución. La diferencia de posibilidades hace que de idénticas convicciones puedan derivarse realizaciones muy distintas.

Insinuamos aquí la norma que puede ayudar a modo de sugerencia. La agrupamos en dos temas:

- 1) Selección de deportes.
- 2) Organización.

El fin es siempre el mayor provecho integral del muchacho. Es sabido el papel importantísimo que juega en la vida del hombre la imaginación. "Los juegos – afirma López Ibor– son manifestaciones de la vida y actividad de la fantasía. Los juegos físicos, los deportes, son modos de expresar la *fantasía motora*". Teniendo

---

\* Madrid, Taurus, 1957.

esto en cuenta, y recordando otra vez las numerosas posibilidades que encierra el deporte en el mundo físico, psíquico, moral, social y hasta intelectual, habrán de ser escogidos con preferencia aquellos juegos y ejercicios deportivos cuya dimensión llegue al mayor número de calidades de la persona. "Los juegos más completos –añade el mismo López Ibor– son siempre los que podríamos llamar *multívocos y polifónicos*, porque apelan a diversos registros del teclado personal".

Es equivocada la posición de algunas personas que al discutir sobre la prevalencia de un deporte u otro presentan como argumento definitivo sus mayores beneficios físicos. Es regresar al eterno equivoco; concepción meramente física del deporte.

## ORGANIZACIÓN

Son muy variadas las posibilidades de los centros. Es casi absurdo pretender reglamentaciones bajo un único patrón, no sólo en el deporte, sino en cualquier aspecto educacional. La fórmula feliz de organización deportiva se reduce, en el fondo, a la resolución de dos incógnitas: *Campeonismo* y equilibrio *juego-entrenamiento-competición*. Insinuamos alguno de los caminos.

### *Campeonismo*

Es el fenómeno psicológico-social que se produce en una entidad educativa al adoptarse las fórmulas deportivas de la *competición*. Para toda competición se procede a la selección, y, generalmente, a ésta se une la especialización. Tenemos entonces en medio de una colectividad juvenil un grupo de selectos deportivamente, dedicados con exclusividad a una actividad deportiva.

Pronto entre ellos destacan *los campeones* efectivos. Los demás son *campeones* por aspiración. Esto plantea un problema de doble aspecto: El individual del protagonista de ese campeonismo. El social dentro de la organización.

La aspiración y el conato constante de superación son esencialmente educativos. "Realizar una *performance* es realizar en sí mismo una plenitud, su propia plenitud" (Guillemain). El objetivo psicológico de la *performance* está expuesto, sobre todo en los jóvenes, a los ataques directos: primero, del amor propio, la petulancia, ambición, de la cólera, e incluso de la envidia, el interés personal. Es la polilla del campeonismo, totalmente anti-educativa. Realidad imprescindible por ley psicológica juvenil. Realidad que hay que afrontar y vencer.

La paradoja educativa impone la búsqueda de ocasiones de afirmación personal del muchacho; e inmediatamente, el rechazo de toda pedantería y orgullo juvenil. Las normas para conseguir este segundo paso educativo son las ordinarias del vencimiento del orgullo juvenil, pero con una desventaja: la imposibilidad de sustraer su motivación.

Algunos han abogado por la eliminación del campeonismo. Evitar sus oportunidades. Para ello, poca *competición* y más *juego deportivo*. Esta solución supone el desconocimiento del mismo juego deportivo. En el agonismo es esencial la superación de un adversario o un obstáculo. Desemboca directa y normalmente en el campeonismo. El mismo juego deportivo entraña la competición; y la reglamentación de ésta no es más que la aseguanza a largo plazo de un juego ordenado y de más fácil raigambre.

El adolescente necesita abordar empresas, proponerse metas y proyectarse hacia ellas. La competición deportiva le brinda una vital oportunidad. En su mundo más íntimo y espontáneo, en el juego, se va a habituar a la lucha por la vida, a la conquista de ideales. Precisamente, la competición prolongada en jornadas le añade un nuevo valor: constancia en la empresa.

En la edad juvenil no se puede prescindir de la competición; es incluso una providencia educativa. El deporte practicado por la persona mayor se va diferenciando precisamente en que cada vez necesita menos de competiciones

organizadas: tiene más de juego que de agón. En los juveniles, éste constituye su salsa.

Es virtud social del deporte la vinculación a una corporación. Un muchacho llega a entusiasmarse tanto por la victoria de su equipo, de su colegio, que fácilmente rebasa sus ambiciones personales. Por eso, en el colegio, en la organización juvenil, son necesarios los campeones, mantenedores del fuego olímpico colectivo. El campeón es el pequeño héroe cuya cercanía alienta. La natural inclinación del chico al ejercicio físico anárquico puede encauzarse por los moldes organizados –que son los integralmente educadores– merced a la presencia de un campeón.

Esa capacidad de sublimación colectiva del amor propio es el gran remedio a la periclitante fisonomía psicológico-moral del joven campeón. Antes el triunfo de su entidad que el propio. Este último sólo en cuanto se funde con aquel. Esta misma colaboración de equipo le exigirá constantes renunciaciones en la opinión del director técnico, a veces en la ocasión soñada. Son renunciaciones fecundas, que si se logra no agosten la llama idealista, determinarán el clásico tipo natural, el campeón ingenuo, partícipe de la raza de hombres a la vez grandes y sencillos; polo opuesto de esos pedantes y repelentes triunfadores precoces, para quienes el mismo argot juvenil ha reservado su expresivo término: *chulos*.

En las manos del educador está la solución psicológica del “campeón”. Todos, sin duda, hemos presenciado los casos extremos: El “figura” imprescindible de un equipo que ha llegado a esclavizar al mismo educador, porque éste es débil y *no sabe* prescindir de él cuando debe. O el “gallito” amansado, porque, cuando quiso cacarear destempladamente, le dejaron solo en el corral.

Basta que el director<sup>1</sup> posea *siempre* su conciencia de educador, tanto a más en el juego que en la clase. Lo que, por desgracia, sucede es que a ellos también los alcanza frecuentemente el mareo del afán victorioso, y sacrifican a ese ídolo popular sus más sagrados deberes. Son una de dos: o ambiciosos con vanidad, o débiles de carácter.

Es fácil descubrir en la historia personal del deportista juvenil *chulo* la presencia de alguno de estos educadores endebles. El segundo aspecto del problema campeonístico es su repercusión social dentro del centro. En España somos muchas veces amigos de apariencias más que de realidades.

El deporte no está hecho para la vistosidad del colegio; ni se obtiene un campeonato como medio propagandístico. Las copas y trofeos escolares y juveniles; no son *para* sino *porque*. Hay que partir de esta base en la organización deportiva de un centro. El deporte no es para el centro, sino para los alumnos.

El primer objetivo es, pues, que *todos* los alumnos se beneficien del deporte. Queda planteado el problema entre la *élite* deportiva —en expresión de *Seurin*— y la masa. Esa *élite* es necesaria aún bajo el punto de vista de la masa. Para que haya afición tiene que existir la calidad. Los campeones son el índice y la garantía de la vitalidad deportiva de un centro. Pero el culto exclusivo de la selección es siempre muy tentador.

Una vieja leyenda china cuenta que un rey, preocupado por el porvenir alimenticio de su pueblo, mandó construir grandes silos y los llenó de trigo. Mostraba a los mandarines y a los monarcas extranjeros la gran potencia económica de su pueblo, revelada en las abultadas reservas. Cada día estaba más ufano. Mandó ampliar los almacenes y siguió llenándolos. Un día, el pueblo tuvo hambre. Las reservas permanecieron intactas. El rey se paseaba orondo entre los silos. Todo el

---

<sup>1</sup> Nos referimos aquí también a los entrenadores técnicos, pues han de persuadirse, ellos y quienes los eligen, que *siempre* son —máxime estando con jóvenes— educadores.

Comienzan a ladear el deporte no por falta de impulso hacia él, sino como respuesta psicológica. “El psicoanálisis –señala Seurin– podría sin duda aportarnos interesantes observaciones a este respecto”.

La indicada convivencia entre campeonismo selecto y competición masiva es la mejor solución; quizá la única. Pero además, garantizando este interés por la protagonización de una competición deportiva, se soluciona otro arduo problema pedagógico. La actual estructuración de campeonatos escolares, infantiles, juveniles, federativos, provinciales, regionales, nacionales, amenaza borrar de los centros toda huella de auténtico *juego* deportivo. Y el *juego* es necesario, indispensable con su espontaneidad, su intrascendencia y su capricho.

Las competiciones deportivas, cuya importancia va en auge, exigen especialización, intensa preparación técnica, *entrenamiento*. Entre ambos no dejan resquicio al *juego*. Si se logra interesar de tal manera al chico por sus olimpiadas y campeonatos internos que se lance a ellos como a su *juego* predilecto, se ha salvado el escollo. El juego del adolescente se torna espontáneamente, por virtud biológica, deportivo. Por eso es fácil la compenetración juego-entrenamiento-competición. Con todo, nunca conviene saturar disciplinariamente la psicología juvenil. No han de desaparecer de los patios de juego las partidas espontáneas, exclusivamente sometidas al capricho lúdico del muchacho.

Este triple equilibrio depende en gran parte del entrenador de cada especialidad. En medio de la disciplina y sumisión, tanto en los trances campeoniles como en los entrenamientos, no debe ausentarse nunca el bienestar lúdico. No puede convertirse el entrenamiento deportivo en una clase o un estudio más. El dintel que separa trabajo-juego es sagrado. Si el preparador técnico es *profesional*, sepa que sus discípulos son *jugadores*. Si el profesor de una asignatura escolar puede apelar en última instancia a recursos meramente disciplinares, el entrenador deportivo no. Sus armas son sólo el ascendiente personal y la convicción. Por eso

quizá sea más difícil educar al adolescente en su vida lúdica que en el trabajo serio. No es papel fácil el de entrenador ni sirve cualquiera para ello. El entrenador debe ser un conocedor de hombres, porque en definitiva es un *formador de hombres*.

El entrenador de juveniles –más difícil todavía– debe conocer al hombre en su etapa evolutiva: niñez, adolescencia, juventud. Y esta etapa es muy compleja.

Encuadra también dentro del problema del equilibrio el fenómeno de la elección de especialidad. Unos, sin saber por que, se lanzan al fútbol, otros al baloncesto o al atletismo, natación, etcétera. Algunos, en realidad, a todo deporte, aunque siempre brillan más en alguna faceta.

¿Debe dejárseles en aquellas que espontáneamente han escogido o habrá que orientarlos hacia otras con más posibilidades de rendimiento o a las que reportarán a su físico mayores beneficios? Triple posibilidad. Cada una de estas tres orientaciones apunta a un fin distinto:

- La estima del *juego* sobre lo demás.
- El sometimiento de todo al rendimiento campeonil.
- El mejoramiento físico del propio individuo.

Partamos de una base: Antes es el bien del individuo que su rendimiento a *performance* deportiva. Es de elemental comprobación que el chico escoge instintivamente aquella práctica deportiva donde más fácilmente encuentra la afirmación de su personalidad. Ahora bien, esta afirmación ira ligada a unas cualidades típicas. Los bien dotados para el fútbol cobran por tal deporte inmensa afición. Quizá un tórax estrecho está reclamando un mayor cultivo de los grupos musculares superiores; pero como sus piernas son más fuertes, destaca más en el fútbol, y lo prefiere; cada vez se acentúa más su desproporción. Igual sucede con el ciclismo, el remo, el *hockey*, etcétera.

¿Es necesario sacarlos de esa su afición predilecta e introducirlos en otros cuadros? Nunca en el deporte, conviene forzar. Debe ser practicado con *afición*. Si el tránsito se efectúa sin contorsiones, debe realizarse. Ha de comenzar por un *convencimiento* teórico y práctico del chico. Por otra parte, es fácil que el rendimiento vaya vinculado, a la elección. Escogió aquello para lo que se sentía más capacitado. Muchas veces respondía a una realidad.

Suele ocurrir a menudo que, al efectuarse la selección espontánea, han estado ausentes por desconocimiento algunas modalidades. Tal es el caso frecuente ahora en España con el atletismo. Deportistas singularmente dotados para él han abrazado otras especialidades por desconocerlo. La labor del orientador es delicada. Debe provocar la afición; y, consciente de los valores que encierra, no condescender ante los primerizos hastíos de los noveles, provocados por los sacrificios –mayores que en otros deportes– que exige el atletismo. Pero debe montarse siempre sobre la garantía de la ilusión.

El remedio radical se encuentra ciñéndose al concepto fundamental de educación física. Ésta no puede realizarse sólo con deportes. La gimnasia es la base de toda preparación física. Antes de la práctica especializada de cualquier deporte está el hombre físicamente apto, armónico, equilibrado, merced a la gimnasia. Dentro luego de su especialidad tendrá que contar de nuevo siempre con la gimnasia; ésta sigue siendo la base y la tónica de toda educación física.

Preparado de esta forma el individuo, puede escoger su preferido camino. Así, el deporte le será primordialmente gustoso, le resultará *juego*. Podrá dar el máximo *rendimiento campeonil*, y no se verá perjudicado en sus condiciones físicas.

El EXHIBICIONISMO es considerado también por los modernos tratadistas como nefasto para la verdadera educación física. “El peligro capital que amenaza al alumno es el de exhibirse delante del público”, dice una máxima de la moderna gimnasia austriaca. Se comprende fácilmente por qué. Parte en general de la



posición fundamentalmente viciosa que adopta todo trabajo humano que, siendo de naturaleza inmanente –provecho del individuo–, pone como norma de actuación la apariencia extrínseca –el público–. Esto, unido a la proverbial vanidad adolescente, provoca un viraje radical en la colaboración dinámico-física de los elementos de la personalidad.